

## Parábola del hijo pródigo

La ocasión histórica de esta hermosísima y conmovedora parábola, propia de San Lucas (15 11-32), es la siguiente: se acercaban a Jesús todos los publicanos y los pecadores para oírle, y murmuraban los fariseos y los escribas diciendo: «*Este acoge a los pecadores y come ellos*» (Lc. 15 2). San Lucas distingue, pues, tres categorías de personas: Jesús y los dos grupos antitéticos de publicanos y pecadores y de fariseos y escribas, con opuestas actitudes de estos dos grupos frente a Jesús. Por una parte, los publicanos y pecadores, detestados por todo el mundo, se llegan a Jesús en tanto número, que, a decir de San Lucas, «*todos acudían a él*», atraídos por la consideración y benignidad con que los acogía. Por otra parte, los fariseos y los escribas, infatuados de su justicia y pureza intachable, censuran acremente la condescendencia de Jesús con los pecadores, la buena acogida que les hace, el escándalo de comer con ellos. ¿Tratar ellos con un publicano? ¡Jamás! ¿Sentarse a la mesa con un pecador? ¡Abominación inaudita!

*Hay que tener presentes estas tres categorías de personas y sus diferentes actitudes para entender el sentido y alcance de la parábola, motivada por las censuras de los fariseos contra la acogida dispensada por Jesús a los pecadores; la cual, por tanto, habrá de ser una justificación del proceder de Jesús y una descalificación de las censuras farisaicas. Es justo agradecer a San Lucas que nos haya conservado esta conmovedora parábola, en que Jesús muestra la inefable bondad de su piadoso Corazón. Por ella mereció San Lucas el título de escriba de la mansedumbre de Cristo.*

Vayamos a la parábola. A los idilios sucede la tragedia familiar. Una de estas lamentables historias que a tantas familias han trastornado, es la imagen que aprovecha el Maestro para crear la más bella de sus parábolas, de elevados quilates estéticos, gran profundidad doctrinal y divina transcendencia. Las tres categorías de personas, mencionadas por San Lucas, señalan los tres cuadros o actos del drama. Unas breves observaciones servirán de marco que encuadre y dé mayor visibilidad al maravilloso tríptico.

### **1º Acto primero: *El pecador que vuelve a Jesús.***

Ha escrito San Lucas: «*Acercábanse a Jesús todos los publicanos y los pecadores*» (Lc. 15 1). Ahora Jesús presenta al pecador que, tras haberse alejado, vuelve arrepentido (Lc. 15 11-20):

– *Un hombre tenía dos hijos. Y dijo el menor de ellos a su padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». El les repartió la hacienda. De allí a no muchos días, el hijo menor, habiéndolo recogido todo, se partió a lejanas tierras, y allí dilapidó su hacienda viviendo licenciosamente. Mas cuando lo hubo gastado todo, sobrevino en aquellas tierras grande hambre, y él comenzó a sentir necesidad. Conque fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella región, el cual lo envió a sus campos a apacentar puercos. Y ansiaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los puercos, y nadie se las daba. Y entrando en sí mismo dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre andan sobrados de pan, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré y me iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti; no soy digno de llamarme hijo tuyo; tómame como uno de tus jornaleros». Y levantándose se fue a su padre.*

Tres momentos principales se destacan en esta historia: el pecado del pródigo, su castigo, su arrepentimiento. Pero Jesús, atento a su objeto, si no atenúa el pecado, tampoco lo abulta ni califica; no tiene para él una palabra de reprobación o de desprecio; en cambio, recarga las tintas al ponderar la sanción del pecado: la miseria y la degradación del pródigo; y con mayor encarecimiento aún pinta al vivo su penitencia: desde los primeros remordimientos hasta la enérgica resolución final de volver a su padre. Es que Jesús tiene presentes a los publicanos y pecadores que se llegan a él, en los cuales, más que sus pecados pasados, mira su buena disposición presente.

*¡Qué dulce es pensar que Jesús, en nuestras faltas, mira nuestra desgracia más que su ofensa, y más atiende a nuestro buen deseo de ahora que a los malos pasos de antes! Es el médico divino, que con maternal delicadeza, trata las llagas de los enfermos para sanarlas, ahorrando en lo posible el dolor y la humillación.*

## 2º Acto segundo:

### *Ternura de Jesús para con los pecadores.*

Han dicho los fariseos y escribas: «Este acoge a los pecadores y come con ellos» (Lc. 15 2). Esta doble condescendencia de Jesús, al ser revestida con la imagen parabólica, es la revelación más patética que Jesús haya hecho nunca de la inverosímil misericordia de su Corazón. Sigue diciendo:

– *Andando el hijo muy lejos todavía, lo divisó su padre, y se le enterneció el corazón. Y corriendo hacia él, se le echó al cuello y se lo comía a besos. Díjole el hijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti; no soy ya digno de llamarme hijo tuyo...». Dijo el padre a sus criados: «Presto, sacad el mejor vestido, y vestídmelo; y ponedle una sortija en su mano, y calzado en los pies; y sacad el novillo cebado y matadle; y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo estaba muerto y revivió; perdido estaba y fue hallado». Y dieron principio al festín.*

«Jamás hombre alguno habló como habla aquí Jesús» (Jn. 7 46); porque, si «de la exuberancia del corazón habla la boca» (Mt. 12 4; Lc. 6 45), jamás en pecho humano palpité corazón comparable al de Jesús. ¿Quién puede leer sin lágrimas y sin estremecimientos de júbilo esos excesos de bondad, inauditos en un

padre humano, si piensa que bajo esta imagen ha querido Jesús descubrir a los hombres las inefables misericordias de su Corazón? Cada una de sus palabras, si se leen atenta y reposadamente, es sugestiva, luminosa, reveladora. A borbotones brotan las consideraciones y reflexiones; pero tan obvias y claras, que sería impertinente señalarlas con el dedo. Recojamos sólo un rasgo de esta apología que de su proceder hace Jesús: la gallardía y osada valentía con que, lejos de acallar o atenuar las acusaciones farisaicas, más bien las encarece y agrava. Viene a decirles:

*«¿Censuráis que acoja Yo a los pecadores? No es así como decís; que no los acojo pasivamente, sino más bien voy tras ellos y corro a su encuentro. ¿Os escandalizáis de que acepte la invitación de los pecadores? Muy cortos os quedáis; soy Yo quien les preparo un espléndido banquete y los convido a comer conmigo. ¿Os maravilláis de esto? El padre que corre al encuentro del hijo y celebra su regreso con un festín, es la respuesta a vuestras mezquinas acusaciones. El amor de un padre es la clave de esos que parecen excesos».*

Los fariseos han censurado la actitud de Jesús con los pecadores porque desconocen los inexhaustos tesoros de bondad y misericordia que encierra su Corazón. Para refutar esas censuras Jesús no hace sino descubrir estos inmensos tesoros de su amor a los hombres.

### **3º Acto tercero: Murmuraciones farisaicas.**

Ha escrito el Evangelista: *«Murmuraban los fariseos y los escribas de la condescendencia de Jesús con los pecadores»* (Lc. 15 2). Estas murmuraciones farisaicas reaparecen en las amargas querellas del hijo mayor contra la acogida dispensada al pródigo. La respuesta del padre a las querellas del hijo mayor es la de Jesús a las murmuraciones de los fariseos. Concluye el Maestro:

*– Su hijo mayor estaba en el campo; y como, al volver, llegó cerca de la casa, oyó las sinfonías y las danzas; y llamando a uno de los muchachos, le preguntó qué era aquello. El le dijo: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre mató el novillo cebado, porque lo recobró sano». Entonces se enojó él y no quería entrar; mas su padre, saliendo, le instaba. El, respondiendo, dijo a su padre: «Tanto, años como te sirvo, sin haber jamás traspasado tu mandato, y jamás me diste un cabrito para holgarme con mis amigos; pero en cuanto vino ese tu hijo, que ha consumido tu hacienda con malas mujeres, mataste para él el novillo cebado». Mas él le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; mas razón era holgarse y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y revivió; perdido estaba y fue hallado».*

Espíritus mezquinos se han atrevido a afirmar que esta tercera parte era una pieza adicional, sobrepuesta posteriormente a la parábola primitiva. Tal suposición, totalmente gratuita e indocumentada, olvida la motivación histórica de la parábola y desfigura su significación, que culmina precisamente en esta tercera parte. Las querellas del hijo mayor, lejos de ser una adición postiza o accesorias,

son como la clave de toda la parábola. Para convencerse, basta comparar el estribillo que intencionadamente se repite al fin de la segunda y de la tercera parte. Idéntico hasta en las palabras, presenta con todo una variante significativa. Dice primero: *«Este mi hijo estaba muerto y revivió»*... Repite luego: *«Este tu hermano estaba muerto y revivió»*... Son las dos variaciones del motivo fundamental de la parábola. Viene a decir el padre: *«El ser hijo mío justifica mi regocijo, el ser hermano tuyo no justifica tu disgusto»*. Es el doble aspecto de la defensa de Jesús, que es una justificación de su condescendencia y una refutación de las murmuraciones farisaicas. Jesús no pretende simplemente acreditar su actitud, sino también y más directamente rechazar y descalificar la siniestra interpretación de los fariseos. Sin esta refutación la parábola quedaría incompleta.

*Pero subamos del terreno de las disensiones a consideraciones más elevadas. Si el acto segundo es una lección viviente de divina misericordia, el tercero lo es de amor fraterno. No sólo debemos gozarnos de que Dios nos haya perdonado; también hemos de regocijarnos de que, igualmente, perdone a nuestros hermanos. Lejos de disgustarnos o querrellarnos de los favores dispensados por Dios a nuestros hermanos, debemos alegrarnos de ellos. Caridad, no envidia; comprensión, no miras interesadas y egoístas.*

### Conclusión.

Esta interpretación literal de la parábola no excluye una interpretación teológica, más elevada y trascendente. En efecto, la apología que Jesús hace de su condescendencia con los pecadores –que viene a ser la interpretación literal–, es al mismo tiempo una revelación de la inefable misericordia de Dios –que viene a ser su interpretación teológica–, de su *bondad y filantropía*, como la llama San Pablo (Tit. 3 4). Es una consecuencia lógica del significado literal de la parábola, y una genuina expresión del pensamiento mismo de Jesús. Si es verdad lo que El ha dicho: *«El Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido»* (Mt. 18 11), también lo es que esta venida es obra del amor misericordioso de Dios Padre: *«Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en El no perezca, sino alcance la vida eterna»* (Jn. 3 16); *«he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió. Y esta es la voluntad de Aquel que me envió, que de todos los que El me dio, no pierda ninguno, sino... que tengan vida eterna»* (Jn. 6 38-40).

Y esta divina misericordia se revela en la condescendencia de Jesús de dos maneras: • *en cuanto Dios*, la condescendencia de Jesús es verdadera misericordia de Dios; • *y en cuanto hombre*, su condescendencia humana es efecto y reflejo de la misericordia de Dios Padre. Pero siempre esta misericordia divina será para nosotros más asequible y más dulce, contemplada en su expresión o ecuación humana, que es la benignidad y clemencia de Jesús y de su compasivo Corazón.